

La partida



Javier Lozano

Cuando sintió que se acercaba su hora, se puso la azada al hombro y se encaminó a casa. Aquella punzada le convenció. No era el cansancio de los setenta y cinco años, de los inviernos acumulados en los huesos, ni de los veranos que fueron cuarteando su piel. Fue un dolor agudo, voraz, que arrastró tras él sus ya menguadas fuerzas.

Antes de que el camino doblase junto a los fresnos de la fuente, detuvo sus pasos y dejó que su mirada acariciase el huerto. El sudor de muchas generaciones fue apartando piedra, reuniendo la avara tierra, aterrazando la ladera montañosa, levantando el muro de roca que le servía de sustento...siglos de trabajo callado que habían conferido a los montes su fisonomía de cascadas de piedra. Él mismo había plantado muchos de los frutales, elevado la pared que les protegía del cierzo, arañado hasta el último rincón de aquella tierra ingrata que sólo se daba a quien se dejaba en ella la piel. Y aquella cadena que se perdía en la noche de los tiempos se rompería tras él. El monte reclamaría lo suyo, la maleza reconquistaría su reino.

Ya estaba, ya dobló el recodo, no volvería a ver esa tierra amarga a la que tanto amaba. Avanzaba arrastrando los pies. Nunca hasta hoy le había parecido tan largo el camino. Desde lo alto de la loma se veía ahora el pueblo: cinco casas quedaban en pie, cuatro de

ellas amenazando ruina. La quinta era el norte que guiaba sus pasos.

Sintió que se le escapaban las últimas energías y tuvo que sentarse a la vera del camino, sobre unas piedras en el linde de lo que fue el huerto de la Vitorina. Se quitó la boina, la colocó en su regazo y se mordió en la muñeca con toda la fuerza que le permitió su boca desdentada. Mejor así, preferible el dolor superficial a la oscura quemazón que le roía las entrañas. Por primera vez sintió miedo, miedo de morir como un perro, a la intemperie, miedo de no poder llegar a casa. “Joder, si ya hacía unos días que sabías que algo andaba mal, si debías haber cogido la moto y llegarte a Tirones a donde el médico, si no tenías que haber salido hoy a la huerta”. Cerró los ojos y respiró profunda y acompasadamente. “Chocheas, viejo, chocheas. Lo que ha de pasar pasará. Los ríos que van a parar a la mar, que es el morir”. Se le coló por los entresijos de la memoria el recuerdo de Antonia. Antonia, con los ojos abiertos que miraban sin ver. Antonia los labios amoratados y fríos, vestida con la ropa de domingo, el último detalle coqueto, para recibir a la muerte. Nunca se había imaginado vivo sin Antonia. Treinta y siete años de compartir casa, cama y alguna palabra, de verla a su lado, agachada junto al fuego, en el corral con las gallinas, en el lavadero, en su continuo y callado laboreo. Treinta y siete años, para tener luego que cerrarle los ojos, para verla partir sin una queja, sin tan siquiera llegar a oír de sus labios el reproche mil veces adivinado: “¿los hijos, dónde están los hijos?”. “Ya sé, Antonia, que me culpas de haberlos alejado, que piensas que soy un viejo tozudo que no da su brazo a torcer, que

te sentías sola y callabas. Me la jugaste, te fuiste antes que yo y me condenaste a lamerme mis propias heridas”. El descanso o, tal vez, los recuerdos le ayudaron. Se sintió con fuerzas para proseguir el camino. Se levantó, apoyándose en el cayado. Apenas faltaban quinientos metros para estar en casa.

Cuando atravesó el porche, empezaba a sentir frío. Le costó subir la empinada escalera que llevaba a su cuarto. Cada peldaño era un nuevo desgarró en sus entrañas, como si un impaciente buitre carroñero hubiera empezado su labor antes de tiempo. Se metió en la cama, tapado con una gruesa manta de lana. Cerró los ojos y respiró más calmado. El calorcillo de entre las sábanas le reconfortó. Ya pasó lo peor, ahora sólo había que esperar.

La vio enseguida. Sentada a los pies de la cama, vestida con su negra túnica, la guadaña en la mano como mandan los cánones, le esperaba. Era presa segura. La miró sin sobresalto, incluso con cierta piedad, “tener que viajar a este pueblo olvidado para recolectar tan magra cosecha”. Se dio la vuelta en la cama. Quizás apretando fuerte los párpados consiguiera ignorar su presencia. “Aquí se está bien. Creo que voy a echar una cabezadita”.

Cuando volvió a despertarse, la negra sombra seguía a su lado, imperturbable. Dobló en dos la almohada y se incorporó. La hiriente punzada se había transformado en un dolor sordo, amortiguado, que parecía ofrecerle una tregua. Bebió unos sorbos de agua. Carraspeó. Se sentía incómodo con aquella oscura presencia sentada a los pies de su cama. “¿Tendrá que ser siempre así el final?”. Se aclaró la garganta por hacer algo, miró a un lado y a otro del cuarto en semipenumbra.

-¿No llega usted un poco antes de tiempo? -se decidió por fin a romper el hielo -. Mire usted que me siento mejor ahora. Igual va para largo. ¿No sería mejor que volviera más tarde?

La Muerte giró hacia él la cabeza. De no ser porque en su rostro descarnado malamente podían reflejarse las emociones, se hubiera dicho que se mostraba sorprendida. Habló con voz opaca, que parecía venir a la vez de muy lejos y de muy cerca:

- El tiempo no existe para mí, quizás ya para ti tampoco. No hay prisa ni demora. Será lo que ha de ser y ahora no importa cuándo. Tranquilízate, no te preocupes, ¿qué te ata aún al mundo de los vivos?, ¿qué esperas encontrar en el de los muertos?, ¿qué más te da, por tanto, hoy que mañana?

- Mire usted, tiene usted mucha razón. Pero, perdone que le siga dando a la singüeso, ya sé, ya sé que no es muy propio, que me tocaría repasar las cuentas a ver si cuadran los números... pero, no sé si me comprende. Soy de pocas palabras, pero es que no la conozco de nada y...

La Muerte escupió un ronco gruñido que quería imitar la risa:

-¡Qué ingenuos sois los humanos! Desde el vientre de vuestra madre permanezco a vuestro lado. Me lleváis en cada pliegue de vuestras carnes, en cada bocanada del aire que respiráis, hasta en la última célula de vuestros frágiles cuerpos. Puedes hablar sin temor. Después te llevaré conmigo y ese será tu mayor consuelo.

- Disculpe usted, no sé si será muy propio molestarla con preguntas, pero en mi caso... espero que me comprenda. Hace tanto que no los he visto, que no sé de ellos...- la oscura visitante levantó la cabeza como si fuera a romper a hablar.- No, mire usted, no vaya a decir que fue culpa mía. Ellos, carne de mi carne, hicieron como los otros, como los demás que fueron poco a poco abandonando el pueblo. Se marcharon a la ciudad, a donde el sol no llega y es el reloj quien manda. Ya les dije: "Si cruzáis esa puerta, no volváis nunca, no preguntéis por nosotros porque no tendréis ya padres". Doce inviernos han pasado desde entonces. A lo hecho, pecho. Pero ahora que me queda tan poco, si usted pudiera...

La Muerte guardó un largo silencio. Se levantó luego, y dejó la guadaña apoyada sobre el grueso pilar de madera. Volvió a sentarse.

- No sé si está más allá de la función que me ha sido encomendada, pero cuestan tan poco unas palabras... De sus vidas poco sé, seguir las excede mis atribuciones. Sí puedo decirte que siguen los tres en este que es aún tu mundo. Que no tengo previsto todavía salir al encuentro de ninguno de ellos. No me preguntes más, porque no podría responderte.

El viejo se sumergió en gastados recuerdos. Un espeso silencio volvió a adueñarse de la estancia. El sol se ponía. El frío de la noche serrana ganaba la batalla al calor que seguía desprendiendo la tierra, calcinada horas antes por un sol abrasador. Se incorporó, no sin esfuerzo, y encendió la lámpara de aceite. El dolor no cesaba. De nuevo en el lecho, intentó conciliar el sueño. Imposible.

Hubiera preferido terminar de una vez. ¿Tenía algún sentido aquella larga agonía? ¿Volvería a ver la claridad de un nuevo día? ¡Qué largas las horas hasta el amanecer! Quizás si... Bueno, tampoco era una idea tan descabellada.

- Perdone otra vez. Tal vez sea una salida de tono, pero... ¿qué le parece una partidita para matar el rato? ¡Llevo tantos años sin jugar a cartas...! Desde que en la tasca del Emilio empezaron a faltar contertulios. ¿Hace?

Tomó por asentimiento su silencio y se levantó de nuevo. Del segundo cajón de la cómoda sacó una gastada baraja, de lo alto del armario, un par de gruesas mantas parduzcas.

- No es lo más apropiado, pero habrá que utilizarlas de mesa.

De vuelta al lecho, acomodó las mantas sobre sus piernas lo mejor que supo, formando un aplanado montículo encima de la que colocó las cartas.

- Habrá que ver qué se puede hacer, no hay muchos juegos para dos. ¡Ya lo tengo, podemos jugar a la escoba!

Barajó cuidadosamente las cartas y se las ofreció a su contrincante para que cortase. Colocó cuatro boca arriba sobre el improvisado tapete y repartió tres a cada jugador. Empezaron la partida. Poco tenía que ver con otras de tiempos mejores. Ni el humo cargado de voces de la taberna, ni las copas llenas de licores olorosos, ni las bromas que se permitía el Raimundo para ser inmediatamente reprendido por su compañero: "Estate por la labor, que este juego lo inventó un mudo". El cuarto en el que nada podía escucharse, la escasa luz que

parpadeaba, la negra sombra que sostenía los naipes entre sus falanges descarnadas. Frente a frente, cara a cara, mano a mano, diríase que abandonados del mundo, solos en un inmenso y desolado paraje de piedra y noche.

Las desteñidas cartas se pegaban a sus dedos empapados por el sudor de la fiebre. Se veía ajeno a la partida, como si la estuviera contemplando desde lo alto y, al mismo tiempo, como si fuera decisiva no sabía muy bien para qué. Por dos veces consiguió sumar los quince puntos, barriendo todas las cartas sobre la desmañada mesa. En el recuento final se apuntó tres de cuatro tantos. El viejo entornó los ojos y suspiró satisfecho:

- Nunca he sido agraciado con las cartas y, ahora, justo ahora, empiezo a ganar. Dios da pan a quien no tiene dientes.

La Muerte recogió las cartas.

- No creas, humano. La fortuna no va ligada a la vida o a la muerte. Nada más mudable, nada más incontrolable. Ahora te sonrío, mañana te volverá la espalda. Nadie ha sido nunca capaz de ponerla a su servicio porque no acepta ningún yugo. Doy cartas. Veamos.

Repartió los naipes después de barajarlos. Sobre la manta quedaron al descubierto dos ases, un dos y un cuatro. El viejo enseñó al sonreír su boca desdentada, sacó el guindillero y volvió a hacer escoba. No estaba mal para empezar, aunque siempre ríe mejor quien ríe el último. A ver qué seguía deparando la suerte. Fue a decir algo, pero su contrincante se llevó el índice al hueco donde quién sabe si una vez hubo labios:

- Guarda silencio, mortal. Deja que sean las cartas quienes hablen. Dicen que en ellas están escritos el pasado y el porvenir. Escúchalas, escúchalas atentamente, que tal vez tengan algo que comunicarnos.

No se le escapó tampoco esta segunda mano. Su adversario apenas consiguió hacer un punto. Estaba en racha. La fiebre hacía bailar sus ideas en una danza delirante. Muerte, noche, vida, fortuna, oscuridad, luz, pasado, porvenir, casualidad...¿significarían algo? ¿Serían las cartas más que un simple juego? ¿Derrotar en la partida a la Muerte sería también vencer el otro juego pendiente?

Ganó una vez y otra. Mientras la nocturna visitante daba cartas, sintió aumentar la quemazón interior. El dolor se hacía insoportable. Gruesas gotas de sudor le resbalaban por la frente. Le costaba trabajo sostener las tres cartas entre sus dedos. Apenas distinguía los naipes. Y mientras más despiadado era el abrasador fuego interior, mejor era su suerte. Parecía tener un extraño imán que le permitía apuntarse una y otra vez el siete de oros. Barría con escobas las cartas de la mesa con la misma facilidad que la calor estival agosta los campos. En cada mano sumaba siempre más puntos que su contrincante.

La noche seguía su curso. En los campos cercanos se escuchaba el canto de los grillos y, de cuando en cuando, la llamada de la lechuza, pero no tenían oídos para la música nocturna. Tampoco vieron la estrella fugaz que cruzó el firmamento. Encerrados entre los gruesos muros de piedra, jugaban en silencio. Aquella partida era todo su universo. Ajenos a la vida que proseguía en el

exterior, juntaban y repartían los naipes, que se agrupaban dando lugar a caprichosas combinaciones. Corría el tiempo. El viejo ganaba, la Muerte perdía.

Estaba ya exhausto. Los pensamientos se le mezclaban, saltaban de un tema a otro como en sueños, ajenos al control de la mente. La partida parecía jugarse sola. Le pareció por un instante que fueran las cartas quienes estaban jugando con ellos, que fueran ellas las que decidían y los contrincantes simples ejecutores de su voluntad. Hacía tiempo que se había terminado el aceite de la lámpara y seguían jugando en la oscuridad. Distinguían las cartas sin necesidad de verlas. Ganaba sin proponérselo, una vez, otra más, inexorable, implacablemente.

Oros, copas, espadas, bastos. Cada carta era un mensaje cifrado. Ese mismo cinco de espadas que sostenía entre sus dedos, pasaría en siguientes manos a poder de su adversario, pero qué distinto valor adquiriría. Dependiendo de sutiles combinaciones, del azar inescrutable, le servía para apuntarse un tanto, para ser, después, menos que nada en manos de su rival. Y la sota de copas acudía una y otra vez a su encuentro. Las copas, ¿el gozo?, ¿el placentero discurrir de los días?, eran una presencia constante, mientras apenas veía los caballos. Los jinetes, ¿el apocalipsis? ¿Sería morir alejarse en medio de un ensordecedor ruido de cascos?

Durante toda la interminable noche ganó una partida tras otra. Con el intenso frío que precede al alba, sintió que no podía más. Cantó el gallo en el corral cercano. Era su hora, descansar al fin, olvidar el dolor, dejar de ser, de

sentir, volver a la tierra para ser parte de ella. Con un postrero esfuerzo consiguió articular su despedida:

- Me disculpe usted, ha sido la última, se acabó.

La Muerte le miró lentamente. No comprendía el miedo irracional que despertaba en los humanos. Había sido agradable conversar, encontrar a alguien capaz de mirarle a las vacías cuencas de los ojos. Profirió algo parecido a un carraspeo, habló luego:

- No hay prisa. Juguemos antes otra partida.